

cion. En aquel país en que los estudios profundos, se llevan tan lejos, á nadie ha ocurrido que el carecer la sociedad de las ideas cristianas sea una prueba de los progresos de la civilización. Las *Ideas sobre la filosofía de la Historia de la humanidad* por Herder, son harto célebres para no recordarlas aquí: un pasaje de la introducción de Mr. Quinet bastará para darlas á conocer.

«La historia en su principio así como en su fin, es el espectáculo de la libertad, la protesta del género humano contra el mundo que lo encadena, el triunfo de lo infinito sobre lo finito, la manumisión del espíritu, el reinado del alma: el día en que la libertad faltase al mundo, se detendría la historia. Impelido el género humano por una mano invisible, no solo ha roto el sello del universo y sentado una barrera desconocida hasta entonces, sino que triunfa de sí mismo, se retira de sus propias sendas, y mudando incesantemente de formas y de ídolos, atestigua en cada esfuerzo que el universo le embaraza y le sujeta. En vano el Oriente que se adormece en la fe de sus símbolos, cree haberle encadenado con tantas trabas misteriosas: en las opuestas costas se levanta un pueblo nuevo que se reirá de sus enigmas y lo ahogará al despertar. En vano la personalidad romana lo ha absorbido todo para devorarlo en medio de ese silencio del imperio, ¿es un ilusion falaz, un engaño poético, ese susurro salido de los bosques del Norte, y que no es ni el sacudimiento de las hojas, ni el chillido del águila, ni el mugido de las fieras? Así, cautivo en los límites del mundo, lo infinito se agita para encontrar una salida, y la humanidad que lo ha recogido, dominada como de un vértigo, va caminando, en presencia del universo mundo, de ruinas en ruinas, sin encontrar dónde detenerse. Parece á un viajero fatigado, presa del tedio y lejos de sus hogares: habiendo salido de la India antes de despuntar el día, apenas ha reposado en el recinto de Babilonia, cuando la destruye; y falto de abrigo huye á los Persas, á los Medos, á la tierra de Egipto. Un siglo, una hora mas, y destroza á Palmira, á Ecbatana y á Memphis; y derribando siempre el asilo en que se ha abrigado, abandona á los Lidios por los Helenos, estos por los Etruscos, estos por los Romanos, estos por los Getas, y estos por.... Pero ¿quién sabe lo que va á seguirse? ¿Qué ciega precipitación! ¿Quién lo apura? ¿Cómo no teme desfallecer antes de la llegada? ¡Ah! si en la antigua epopeya seguimos de mar en mar el destino errante de Ulises hasta su isla querida, ¿quién nos dirá cuándo terminarán las aventuras de este extraño viajero, y cuándo verá humear á lo lejos los techos de su Itaca?

»Así, nosotros tocamos los primeros lindes de la historia. Abandonamos los fenómenos físicos para penetrar en el laberinto de las revoluciones que marcan la vida de la humanidad. Adios, dulces y apacibles retiros, reposo eterno, fresca é inocencia de los cuadros: el aire que vamos á respirar es devorador, el terreno que pisamos está manchado de sangre, y los objetos oscilan en él con una inestabilidad eterna: ¿Dónde fijaré mis ojos? El mas pequeño grano de arena arrebatado por los vendabales, encierra mas elementos de duración que la fortuna de Roma ó de Esparta. En tal solitario albergue sé que existía un riachuelo cuyo blando murmullo, tortuosa corriente y viva armonía exceden en antigüedad á los recuerdos de Nestor y á los anales de Babilonia. Hoy, como en los tiempos de Plinio y Columela, crece el jacinto en las Galias, la vinca-pervinca en Iliria, y la margarita en las ruinas de Numancia, y mientras que en torno de ellas han mudado las ciudades de dueños y de nombres; mientras muchas han entrado en el dominio de la nada, y las civilizaciones han chocad entre sí y se han pulverizado, las pacíficas generaciones de estas flores han atravesado incólumes los siglos y se

han sucedido una á otra hasta nosotros, frescas y risueñas como en los días de las mas sangrientas batallas.

»Esta permanencia del mundo material ¿no excitara aquí sino vanos pesares, y su imponente masa serviría tan solo para enseñarnos lo efímero y tumultuoso de la sucesión de las civilizaciones? ¿No lo permita Dios! Por el contrario, refléjase en el sistema entero de las acciones humanas, y marca en ellas el profundo carácter de la paz y la serenidad. Cuando se ha establecido que las vicisitudes de la historia no se originan de un vano capricho de las voluntades, sino que tienen sus fundamentos en las entrañas mismas del universo; que son su resultado mas alto, y que es una condición del mundo el que nazca en una época tal forma de civilización, tal movimiento de progresión; que estos diversos fenómenos guardan armonía con el dominio entero de la naturaleza, y participan de su carácter como todas las especies de producción terrestre; las acciones humanas se presentan, entonces como un nuevo reinado que tiene sus armonías, sus contrastes y su esfera determinada.»

Así se expresa Herder por el órgano de su elocuente intérprete.

Por lo demás, estos nobles sistemas aplicados á la historia, no son tan nuevos como parecen. Un hombre apaciblemente dormido durante siglo y medio en el polvo, acaba de resucitar reclamando su emplazada gloria: habíase adelantado á su época, y cuando ha llegado la era de las ideas que representaba, estas han llamado á su tumba para respetarla: hablo de Vico.

En su obra de la *Ciencia nueva*, Vico, dejando á un lado la historia particular de los pueblos, sentó los fundamentos á la Historia general de la especie humana.

«Trazar la historia universal y eterna,» dice Monsieur Michelet en su traducción compendiada y su análisis exacto y bien escrito del sistema de Vico, «trazar la historia universal que se produce en el tiempo bajo la forma de historias particulares; descubrir el círculo ideal dentro del que gira el mundo real, hé aquí el objeto de la *Ciencia nueva*, que es á la vez la filosofía y la historia de la humanidad.»

Deduca su unidad de la religión, principio productor y conservador de la sociedad. Hasta aquí no he hablado sino de la teología natural. La *Ciencia nueva* es una teología social, una demostración histórica de la Providencia, una historia de los secretos con que sin saberlo los hombres, y muchas veces á pesar suyo, ha gobernado la gran ciudad de género humano. ¿Quién no sentirá un placer divino en este cuerpo mortal, cuando contemplamos ese mundo de las naciones tan variado en caracteres, tiempos y lugares, con la uniformidad de las ideas divinas?»

Segun Vico, los fundadores de la sociedad fueron los gigantes ó los ciclopes. Los gigantes no tenían leyes ni Dios: retumbó el trueno, se asustaron, reconocieron una potencia superior á la suya; origen de la idolatría que nació de la credulidad y no de la impostura. La idolatría, fue necesaria al mundo, dice Vico, puesto que domó con el terror de la religión el orgullo de la fuerza, y preparó por medio de la religión de los sentidos, la de la razón, y en seguida la de la fe. Esta fue la primera edad, la edad poética de las sociedades, en que todas las leyes eran religiosas. Vico, para desembarazarse de las cuestiones teológicas, deja aparte al pueblo de Dios como único depositario de la verdadera tradición, y raciocina libremente sobre los restantes.

Con la religión comienza la sociedad; los primeros padres de familia fueron los primeros sacerdotes, los primeros reyes, los *patriarcas* (padres y príncipes).

Este gobierno de familia es cruel, absoluto; el padre tiene derecho de vida y muerte sobre sus hijos, del mismo modo que su vida y su muerte están sometidas

á Dios, que lo ha criado y á quien ha oído entre el estrépito del rayo. De aquí proceden los sacrificios humanos, los ritos, las ceremonias religiosas; ley primitiva de la especie humana, ley que se prolongó hasta el derecho civil, sucesor de esta primera ley.

No tardaron los rivales que habían permanecido en la promiscuidad de bienes y de mujeres, y en la anarquía que era su consecuencia, en refugiarse á los altares de los *fuertes*, en las alturas en que las primeras familias se habían reunido bajo el gobierno de los padres de familia ó de los *héroes*.

Estos refugiados se convirtieron en esclavos de sus defensores; no gozaron de ninguna de las prerogativas de los héroes, particularmente del matrimonio religioso ó solemne que fundó la sociedad doméstica; pero habiéndose multiplicado quisieron una parte de las tierras que cultivaban, y en todos los puntos en que los héroes no fueron bastante poderosos para conservar la totalidad de los bienes, cedieron con ciertas condiciones las tierras á sus antiguos esclavos. Tal fue la primera ley agraria, el origen de las clientelas y de los feudos.

Entonces tuvo principio la ciudad. Los padres de familia compusieron la clase de los *nobles*, de los *patriarcas*; los refugiados formaron la de los *plebeyos*, *jornaleros*, *clientes* y *vasallos*: no tenían derecho alguno político, ni poseían mas que el goce de las tierras concedidas por los nobles.

Todas las ciudades heroicas fueron gobernadas aristocráticamente, y eran esencialmente guerreras. Sus habitantes, bandidos ó piratas en extraños países, estaban enteramente divididos en el suyo.

Poco á poco se transforman estas sociedades aristocráticas, merced al acrecentamiento de la parte democrática, en repúblicas populares. Corrómpense los estados populares, y el pueblo, que primero había reclamado solo la igualdad, quiere dominar á su vez: sobreviene la anarquía, y obliga al pueblo á acogerse bajo el dominio de uno solo. La necesidad del orden funda la monarquía, así como la necesidad de la libertad había fundado la aristocracia y la necesidad de la igualdad la democracia.

Si la monarquía no detiene la corrupción del pueblo, este pueblo, dice Vico, se hace esclavo de una nación mejor, que le somete con las armas y le salva sometiéndole, porque ambas son leyes naturales: *El que no sepa gobernarse obedecerá y los mayores serán dueños del mundo*. Esta máxima es muy contestable, á la verdad.

La parte verdaderamente nueva del sistema de Vico, es aquella en que introduce la historia del derecho civil en la historia del derecho político. Había dado á sus estudios esta dirección, y sus primeros ensayos de jurisprudencia y de etimología latina son indudablemente sus mejores obras. Demuestra que la jurisprudencia varia según la forma de los gobiernos, los cuales derivaron á su vez de las costumbres, y observa que la primera ley de la sociedad, ley que primero fue enteramente religiosa, penetró y se prolongó en el orden civil al través de las revoluciones y de las transformaciones políticas. Nadie había observado antes de él que si la jurisprudencia, de los romanos se hallaba rodeada de solemnidades y misterios, era porque dimanaba del antiguo derecho religioso, y porque sus misterios eran una impostura, un medio de poder inventado por los sacerdotes y los nobles. En Roma, los actos llamados por excelencia *actos legítimos*, iban acompañados de ritos sagrados: para que los matrimonios y los testamentos se llamasen *justos*, esto es, suponiendo los derechos del orden político el mas elevado, era preciso que fuesen legalizados por ceremonias santas.

Esta interesante observación de Vico puede aplicarse á nuestra misma sociedad; el Cristianismo que la fundó aparte, en medio de la sociedad pagana de Ro-

ma y de la Grecia, ó entre los pueblos bárbaros, la sometió á la ley religiosa. El matrimonio y la sepultura no se consideraron *solemnes* y *legítimos* entre los fieles hasta que fueron *autorizados* cristianamente: el bautismo convirtió en *solemne* y *legítimo* el nacimiento, así como la extremaunción consagró la muerte. Los siete sacramentos de la Iglesia fueron actos civiles de la primera sociedad cristiana.

Tal es el sistema de Vico, sistema en que es preciso reconocer á un hombre de elevado entendimiento pero á un hombre dominado por la imaginación, y que mezcla á las verdades nuevas los juegos del espíritu que no pueden aprobar la historia, la razón y la santa lógica. Sus ideas sobre la idolatría, útil en su concepto á los hombres, son insostenibles; cuando trata de Hércules, de Hermes, de Homero, de Rómulo, no de los individuos, sino del tipo ideal de las costumbres y de las ideas de una época, raciocina visiblemente contra las operaciones naturales del espíritu humano.

El salvaje personifica los árboles, las flores, las rocas, pero no *alegoriza* los tiempos. Cuando Vico dice que los hombres recobraron la estatura ante-diluviana, volviendo al estado de salvajes despues del diluvio, va en contra de la buena física, pues el hombre en el estado *bestial*, como todos los animales es mezquino: la sociedad en los hombres, y el estado doméstico en los animales capaces de educación, desarrollan en el mas alto grado la naturaleza.

Vico decide también con harta ligereza la cuestión sobre la palabra humana: supone que se perdió despues del diluvio, y que hubo una época de mudez para el género humano, que llegado este caso no habria sido sino una especie de familia de monos. ¿Se concedió la palabra al hombre con el pensamiento? ¿Ha dimanado de ella cual nace el fruto de la flor? ¿La palabra, por el contrario, ha sido revelada? Inmensa cuestión es esta, que Vico ha resuelto con un rasgo de pluma, y que el rigor de la historia no permite adoptar como un hecho incontestable. En nuestros días ha renovado, un escritor francés, mejorándola, una parte del sistema de Vico. La filosofía de Mr. Ballanche es una teología cristiana. Segun esta filosofía, una ley general de la Providencia gobierna el conjunto de los destinos humanos, desde el principio hasta el fin. Esta ley general no es sino el desarrollo de los dogmas generadores: la prescripción y la rehabilitación, dogmas que se encuentran en todas las tradiciones generales de la humanidad, y que son el mismo Cristianismo. El sentimiento vivo de ambos dogmas produce una sicología que explica las facultades humanas, dando cuenta de la naturaleza íntima del hombre y que se revela en la costura de las lenguas antiguas. El hombre, durante su laboriosa carrera, busca sin descanso el camino de la caída á la rehabilitación, para llegar á la unidad perdida.

Mr. Ballanche ha querido hacer penetrar el genio histórico en la región que precedió á la historia: su *Orfeo* compendia los quince siglos de la humanidad anteriores á los tiempos históricos.

En seguida ha reducido los cinco primeros siglos de la historia romana á una síntesis que es á un mismo tiempo una trilogía poética y una sicología de la humanidad.

No puedo dar á conocer mejor la *Palingnesia social*, que copiando este pasaje de un excelente extracto de Mr. Desmousseaux de Givré, hombre cuyo entendimiento está marcado con uno de esos caracteres pronunciados que se dan á conocer al instante en el órden literario ó político (1).

(1) Este extracto vió la luz en el *Diario de los Debates* del 27 de Junio de 1830. Mr. Desmousseaux de Givré, agregado en Londres, era mi segundo secretario de embajada en Roma. De todos los diplomáticos jóvenes es el único que presentó su dimisión cuando Mr. de Polignac se encargó del mi-

Investigando sucesivamente los libros santos, las poesías primitivas y la historia, Mr. Ballanche ha deducido de sus unánimes respuestas una analogía perfecta entre el principio revelado y el principio racional; y ved aquí entero el pensamiento *Palagnésico*. Cree que la ley que preside á los progresos de la humanidad ora se la contemple en la esfera religiosa, ora se la estudie en la filosófica, es una. El título que debía grabarse en el frontispicio de sus obras completas; para anunciar su idea fundamental debía pues ser este: *Identidad del dogma de la caída y de la rehabilitación del género humano con la ley filosófica de la perfectibilidad*.

Las escrituras nos manifiestan á un hombre sucumbiendo en la prueba de la obediencia; despues iniciado por su misma caída en el conocimiento del bien y del mal, y mas tarde expiando su error con la sangre de una víctima inocente y voluntaria. Este hombre de las Escrituras es á un mismo tiempo Adán, el pueblo judío y el género humano. El hijo de Dios, viniendo á la tierra para morir en ella, ofrece una triple expiación: por su madre María es hijo de Adán, hijo de David, *Hijo del Hombre*; es decir, hijo del primer pecador, hijo del pueblo elegido, é hijo del género humano. Hay pues, en el sentido místico identidad entre un hombre, una nación y la humanidad entera. Para estas tres unidades vivas de una naturaleza semejante aunque de un órden distinto, existen tres grados necesarios antes de llegar á la perfección de que depende la salvación, á saber: la prueba, la iniciación y la expiación.

«Pues bien: por todas partes en las creencias de los pueblos, en los cantos de los poetas y en los recuerdos de la historia, se reproduce el mito cristiano.

«En los tiempos, fabulosos arrebató Prometeo el fuego del cielo, é iniciado en el secreto de los dioses, expió su temeridad en los tormentos. En los tiempos heroicos, Orfeo, iniciador de los pueblos, pierde por segunda vez á Euridice porque ha querido sorprender el secreto de los infiernos. En los tiempos históricos, Bruto, despues de haber consultado el oráculo, emancipa á los patricios de la autoridad de los reyes, y la sangre generosa de Lucrecia corre en expiación.

Mas tarde, es Virginia á quien sacrifica su propio padre, víctima pura cuya muerte consagra la emancipación de la plebe, es decir, la iniciación de un pueblo en la libertad. En estos hechos elegidos á la aventura entre otros mil análogos, reconocense por donde quiera la prueba que ha de sufrirse, el enigma que ha de descifrarse, y el sacrificio de una vida inocente, estos tres grandes rasgos del mito cristiano.

«Inquirir, restaurar y enlazar esos trozos desfigurados de esa idea, una triple á la vez, no ha sido sino el lado material de un gran trabajo, la tarea de la erudición y de la ciencia; pero haber aplicado á los fenómenos de la vida de las naciones el dogma cristiano, haber encontrado en cada pueblo el hombre de que habla la Escritura; he ahí la inspiración religiosa, y al propio tiempo el pensamiento filosófico.»

No á todas las inteligencias conviene quizás mirar la historia desde tanta altura; pero aun las mismas que se complacen en las lecturas fáciles, hallarán un encanto particular en la *Palagnésica social* de Mr. Ballanche. Un estilo elegante y armonioso adorna unos

misterio de Negocios extranjeros, y se retiró conmigo y á mi pesar. Deseaba volver á entrar en el servicio despues de los dias de Julio, y han sido preferidos á él sujetos nuevos en la carrera, ó que no habian contraído otro mérito que el de haber sido colocados cerca de los embajadores mas opuestos á las libertades constitucionales de la Francia. Nuestro cuerpo diplomático no era verdaderamente bastante rico (y lo conozco á fondo) para despreciar los servicios de un hombre como Mr. de Givré, cuando queria hacer el sacrificio de adherirse á un ministerio tan deplorable.

pensamientos consoladores y puros; parece que se ven todos los secretos de la conciencia tranquila y serena del autor, á la luz pacífica y misteriosa de su imaginación. Su génio tersófico no nos deja nada que envidiar á la Alemania y la Italia. Ignoro si Vico, Herder y Mr. Ballanche, aplicando sus fórmulas á la historia confunden ó no los asuntos y los géneros diversos; pero no cabe duda en que engrandecen al hombre, y es muy útil que el historiador se haya formado una idea elevada de la especie humana, para que escriba con mas nobleza sobre sus derechos y sus libertades.

Mientras se acrecentaba el movimiento de los espíritus en Francia y Alemania, la Gran-Bretaña permanecía estacionaria.

La escuela de Edimburgo ha hecho progresar los estudios filosóficos: los *Ensayos de filosofianatural* de Dugald Hewart han sido traducidos por Mr. Jouffroy profesor jóven, que comienza á pulverizar con su lógica clara y poderosa los sistemas que infatúan el espíritu del dia. Pero bajo el concepto histórico, como Inglaterra disfruta hace mucho tiempo de franquicias importantes, y como el goce de ellas ha contribuido tanto á su prosperidad, á su paz y á su gloria, los escritores de aquel país no han considerado los hechos bajo el punto de vista de un porvenir mas feliz. La libertad aristocrática, que hasta ahora ha dominado á las libertades reales y populares en Wertminster, ha vaciado las ideas de un molde uniforme de que no han procurado separarse; esta tendencia se observa hasta en los escritores ecomistas de la Gran-Bretaña, que consideran el impuesto, el crédito, la propiedad de todos los géneros en el sentido de las instituciones actuales de su país.

Mas por la influencia creciente de la industria y la importación de los principios del continente, se forma actualmente en los tres reinos unidos una clase de hombres cuyas ideas no son ya *inglesas*: distinguen muy bien estas ideas por su *color*, en los libros, y en los discursos de las cámaras de los Lores y los Comunes, y tarde ó temprano derrocarán la Constitución de 1688. El primer paso dado en esta senda ha sido la emancipación de la Irlanda católica; el segundo será la reforma parlamentaria: entonces la vetusta Inglaterra tendrá sus revoluciones, y se renovará su historia.

En estos últimos tiempos se ha hecho notable la *Historia de Inglaterra* por el doctor Lingard, que por eso nos dispensa de leer los historiadores de las dos antiguas escuelas wigh y tory. Gran escándalo ha causado ver que un sacerdote católico é inglés hallaba culpable á Carlos I, y que solo vitupera la forma en la ejecución de este príncipe.

La Inglaterra no era rica en Memorias, mas ahora empiezan á multiplicarse. Paréceme que Mr. Hallam ha sido mas feliz en su *Historia constitucional de Inglaterra*, que en su *Europa en la edad media*.

El génio de Italia habia salido de su antiguo templo al estruendo de las conmociones europeas, mas ahora ha regresado á sus ruinas, recinto de emancipación para las grandezas pasadas, para la gloria perseguida y los talentos desgraciados. La *historia de los Estados Unidos* por Botta no puede ser repudiada por la patria de los Villani, los Bentinoglio, los Giamone, los Davila, los Guicciardini y los Maquiavelos. En la historia antigua los Italianos serán siempre nuestros maestros, porque ellos son su continuación, y están familiarizados con su lengua y sus monumentos.

Acabo de decir que el génio de Italia habia vuelto á sus ruinas, pero se apodera de mi mano y me obliga á retroceder.

AUTORES FRANCESES QUE HAN ESCRITO LA HISTORIA DESPUES DE LA REVOLUCION.—MEMORIAS, TRADUCCIONES Y PUBLICACIONES.—TEATRO.—NOVELA HISTÓRICA.—POESIA.—ESCRITORES QUE HAN FUNDADO NUESTRA NUEVA ESCUELA HISTÓRICA.

Del exámen de los principios de la escuela moderna histórica, considerada en sus sistemas en Francia, Alemania, Inglaterra é Italia, paso al de nuestros historiadores de esta escuela.

Los escritores franceses que se han ocupado de la historia despues de la revolucion, han emprendido opuestas sendas: los unos han permanecido fieles á las tradiciones de la escuela antigua, al paso que los otros han entrado en la nueva escuela descriptiva y fatalista.

Mr. Villemain, que propende por el buen gusto de su estilo á la escuela antigua, y por sus ideas á la nueva, nos ha dado una historia completa de Cromwell. Ocultándose tras los acontecimientos y dejándoles hablar, ha sabido colocarlos con mucho arte en el punto de vista conveniente para que produjesen gran efecto. Un asunto de inmenso interés ocupa ahora al autor. Si se ha de juzgar por los fragmentos de la *Vida de Gregorio VII*, que he tenido la fortuna de oír leer, el público puede esperar una de las mejores obras históricas que se han publicado hace mucho tiempo. Por lo demás, cito con frecuencia los trabajos de Mr. Villemain en estos *Estudios*, y para no incurrir en repeticiones escuso aquí los elogios que se halarán en otra parte.

Mr. Daunon, miembro de la congregación religiosa de donde salieron los Lecointe y Lelong, no ha desmentido su docto origen, pues es uno de los continuadores mas sabios de la *Historia literaria de Francia*, y se halla en las diferentes Memorias, materias abundante para la instruccion; pero debe leerse con cierta prevención lo que dice de los sumos pontífices cuando juzga á un papa del siglo x, segun las ideas del siglo xviii. Mr. Daunon se muestra poco favorable á la escuela moderna.

Mr. de Saint-Martin que sigue tambien las huellas antiguas, ha esparcido por sus conocimientos en la lengua armenia, una viva luz sobre la historia de los Persas.

En la *Teoría del poder civil y religioso* de Mr. de Bonald, brilla el ingenio, pero causa sentimiento reconocer cuan lejos están ya de nosotros las ideas de esta teoría; ¡con qué rapidez nos arrastra el tiempo! La obra de Mr. de Bonald es como esas pirámides, palacios de la muerte, que sirven tan solo al navegante del Nilo para medir el camino que ha recorrido con las aguas.

No sé cómo clasificar á Mr. Dulaure: fue conocido antes de la revolucion, durante su curso y despues de ella. Sus *Descripciones de las curiosidades y de los alrededores de Paris*; sus *Singularidades históricas*, y su *Historia crítica de la nobleza*, abundan en hechos oportunamente elegidos. Pertenecen, no obstante, á la sátira histórica y no á la historia: siempre puede mostrarse el reverso de una sociedad. Se debe leer en Mr. Dulaure el *Suplemento á los crímenes del antiguo comité de gobierno*, impreso en 1795.

Malte-Brun ha discutido en su *Geografía* con mucha sagacidad é instruccion el origen de algunos pueblos bárbaros.

Mr. Lacroix ha trazado la historia de nuestros dias con juicio, claridad y energía; ha abrazado el noble partido de la virtud contra el crimen, y aborrece en la revolucion todo lo que no sea libertad; actor, él tambien en las escenas revolucionarias, ha arrostrado en las calles de Paris la metralla de un poder mas venturoso que el que acaba de espirar. Encuéntranse hoy muchos hombres que saben escribir cincuenta

páginas y algunas veces un tomo (no muy abultado), de un modo muy distinguido; pero hay muy pocos que sean capaces de componer y coordinar una obra extensa, de abrazar un sistema, de sostenerlo con interés y arte, durante el curso de muchos volúmenes, pues se requieren para ello una fuerza de juicio, un aliento tan vigoroso, tal abundancia de diccion y tanta facultad de aplicación, que disminuyen cada dia. El folleto y el artículo de un periódico parecen haberse convertido en el termómetro que señala la medida y el límite de nuestra inteligencia.

La obra de Mr. Lemontey sobre Luis XIV presenta el reinado de este príncipe, bajo un punto de vista enteramente nuevo. Juzgo sin embargo haber hecho sobre esta obra una observación necesaria al hablar del reinado de tan gran rey.

Mr. Mazure ha dejado una historia escrita con bastante descuido; pero ha variado bajo diferentes conceptos, lo que sabíamos de Jacobo II, y del papel que representó Luis XIV en la catástrofe del monarca inglés. No se ha hecho bastante justicia á Mr. Mazure, puesto que se encuentran en su obra datos que solo allí se descubren, y cuyo origen se oculta ó se calla.

Una mujer que no tiene rival, nos ha dado en sus *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la revolucion francesa*, una idea de la altura á que habria podido remontarse, si hubiese aplicado su talento á la historia, pues se ve brillar en las *Consideraciones* un vivo sentimiento de gloria y libertad. Cuando la autora, al hablar del abatimiento del tercer estado bajo la antigua monarquía, lo muestra en el momento de la apertura de los Estados generales, y exclama con Corneille: «Entonces nos levantamos!» aduce la cita mas elocuente que puede verse. Mad. de Stael aborrece á los tiranos, y todo opresor de la libertad, por grande que sea, no halla en ella simpatía alguna.

Debe leerse en las *Consideraciones* lo que dice de Mirabeau: «Era tribuno por cálculo y aristocrático por gusto, pues hablando de Caligny añadia: *Que entre parentesis era mi primo: ¡tanto buscaba la ocasión de recordar que era noble!*—Despues de mi muerte, proseguia, los facciosos se dividirán los despojos de la monarquía.» Madama de Stael concluye de este modo estos interesantes apuntes acerca de Mirabeau: «Me avergüenzo de expresar mi dolor por un carácter tan poco digno de estimación; mas su talento es tan raro, y desgraciadamente es tan probable que no volvamos á ver otro semejante en el curso de nuestra vida, que no podemos dejar de suspirar cuando la muerte encierra bajo sus puertas de bronce á un hombre en otro tiempo tan elocuente, tan animado, y en fin, tan en completa posesion de la vida.»

Estas reflexiones pueden aplicarse á la misma madama de Stael, variando solo las primeras palabras, cuya circunstancia las hace mas dolorosas, porque nunca nos avergonzaremos de manifestar nuestro dolor por el carácter de esta mujer ilustre, toda vez que no ha existido ninguno mas digno que el suyo. Su noble independencia le valió el destierro y las persecuciones que aceleraron su muerte. Bonaparte llegó á saber, y debió haberlo sabido antes, que el ingenio es el único rey á quien no se puede encadenar á un carro de triunfo.

Como última prueba del talento eminente de madama de Stael, no puedo dejar de transcribir este párrafo sobre la catástrofe de Robespierre: «Vióse á este hombre, que habia firmado durante mas de un año un número inaudito de sentencias de muerte, bañado en sangre y tendido sobre la mesa misma en que habia escrito su nombre bajo sus funestas sentencias. ¡El hombre que tanto hablara para proscribir, tenia rota la quijada de un pistoletazo, y no podia proferir una sola palabra para defenderse!

Nunca deploraremos bastantemente el prematuro fin de Mad. Stael: crecía su talento, perfeccionábase su estilo, y á medida que la juventud pesaba menos sobre su vida, desembarazábase su pensamiento de la cubierta que le sujetaba, y tomaba el vuelo de la inmortalidad.

Bajo el título modesto: *De la consagración de los reyes de Francia, y de las relaciones de esta ceremonia con la constitución del Estado en las diferentes edades de la monarquía*, Mr. Clausel de Coussergues ha escrito un volumen que no perecerá: los amantes de la claridad y de los hechos bien clasificados sin pretensiones y sin fraseología, quedarán satisfechos de su trabajo.

Mr. Fievec ha encerrado en los reducidos límites de un folleto titulado: *De las opiniones de los intereses*, muchas ideas nuevas y descubrimientos ingeniosos sobre nuestra historia.

He hablado en otra parte de la *Historia de las Cruzadas*, y me contentaré con decir aquí que las traducciones y los extractos de los analistas de las cruzadas, tanto orientales como occidentales, añadidas como pruebas á las nuevas ediciones, forman un compendio en extremo recomendable. Mr. Michaud se retrata en su *Historia*; último cruzado, ha ido á visitar al sepulcro en que yo creí haber depositado para siempre mi baston de peregrino.

La *Historia de Polonia anterior y del reinado del rey Juan Sobieski*, por Mr. Salvandy, es una obra grave y bien escrita. «Sobieski fue, dice el historiador, aquel cuyo formidable brazo puso los límites que no debía traspasar ya la dominación de los Osmanlis. Ante sus victorias fue donde vino á estrellarse el furor de la última invasión de los bárbaros, hasta entonces siempre indomable y amenazadora: desde aquel tiempo hasta el día solo han ido retirando sus olas... soldado y príncipe á la vez, vió transcurrir toda su vida en el perpetuo sacrificio de sus inclinaciones, sus afectos, su fortuna, y su vida, á los intereses de la Polonia. Solo él, cual incansable campeón, parecía ocupado en defenderla: sus esfuerzos para conservar sus leyes y sus fronteras parecen prodigiosos, y esta pasión dominó el curso entero de su existencia. Logró domar á los enemigos que tenían la república de los Jagelones invadida y oprimida por todas partes, mas ácilmente que vencer á los enemigos interiores. Espiró luego, y una vez en tierra este apoyo poderoso, la Polonia puso también en cierto modo el pie en el sepulcro; pues no era otro su destino en el reinado de los sucesores de Juan III, sino acabar de morir.»

En toda la obra se sostiene tan noble estilo, y el autor cuida de observar la influencia que la Francia del siglo xvii ejercía sobre los destinos de la Europa. Cual si todos los hombres grandes debiesen salir entonces de la corte del gran rey, Sobieski había sido mosquetero al servicio de Luis XIV. La *Historia de la anarquía de Polonia* por Rulhieres forma, por decirlo así, la continuación de la historia de Mr. Salvandy, y no deben añadirse á estos dos monumentos ni el apéndice de Mr. Terrand, ni el que Mr. Daunon ha sustituido al trabajo de este autor; mas deben, sí, añadirse los curiosos y picantes folletos de Mr. de Pradt.

La *Historia de los franceses de los diferentes Estados* por Mr. Monteil, supone grandes investigaciones. Mr. Monteil y Mr. Capéfigue pertenecen al reducido número de esos sabios jóvenes que no escriben en el día, sino después de haber leído, y hubieran sido dignos discípulos de la escuela benedictina. Pero han extraviado á Mr. Monteil el gusto del siglo y el funesto ejemplo del abate Barthelemy: la forma novelesca con que el autor de la *Historia de los franceses* ha envuelto sus estudios, los perjudica, y se le debe rogar en nombre de su propia sabiduría y de su verdadero mérito, que la haga desaparecer en las futuras ediciones de su obra.

El éxito que obtuvo la *Historia de la campaña de Rusia*, es una prueba de que no se necesita, para interesar al lector, encerrarse en un detenido sistema. Narraciones animadas, brillante colorido y escenas y puestas á la vista del lector en todo su movimiento y con toda su vida, son las cualidades que pertenecen á todas las escuelas y que harán eterna la obra de Mr. de Segur.

Las *Vidas de los capitanes franceses de la edad media* por Mr. Mazas, no pueden condenarse al silencio. El autor ha querido referir tan solo la verdad exacta: ha visitado el teatro donde brillaron los guerreros cuyas hazañas describe, y ha seguido en los matorrales de mi pobre patria las huellas de Du Guesclin. Recuerdo haber principiado mis primeros estudios en el colegio desconocido de la oscura ciudad donde descansaba el corazón del buen conde: estudié un poco de latín, griego y hebreo cerca de aquel corazón que nunca habló sino francés lengua que el mio no ha olvidado. Mr. Mazas ha encontrado el punto del paso de Eduardo III. Blanco-Paque, sobre el Soma; quisiera hubiese declarado si el vado es practicable todavía, ó si es perdido en el mar, frente á frente de Crotoy, con generalmente se cree.

Olvido, sin duda, con harta pesar mio, muchos críticos cuyas obras merecerían ser recordadas por mi; pero los límites de un prefacio no me permiten extenderme tanto. El público reproducirá los nombres que se escapen á mi memoria, y les dispensará justicia que yo desearia tributarles.

El tiempo en que vivimos ha debido suministrar necesariamente numerosos materiales para escribir Memorias. Apenas hay uno que no haya llegado á su sitio por espacio de veinte y cuatro horas en un viaje, y que no se crea obligado á dar cuenta al mundo de la influencia que ha ejercido en el universo: todos los que han saltado del cuarto del porta á la antesala, que de la antesala se han deslizado al salon, y que de este se han arrastrado hasta el gabinete del ministro; todos los que han espiado detrás de las puertas, quieren referir cómo han recibido en el estómago el ultraje que tenia otro objeto. Las miraciones, las mendicidades doradas, las traiciones virtuosas, las igualdades que ostentan placas, órdenes ó colores de lacayos, y las libertades atadas al cordon de la campanilla, tienen que dar esplendor su lealtad, á su honor, á su independencia. El uno cree obligado á referir que, agradecido todavía á las últimas muestras de confianza de su dueño, y sintiendo aun el calor de sus abrazos, juró obediencia á su señor: otro os dirá que no ha hecho traición sino para hacerla mejor despues: otro os explicará cómo aprobó en alta voz lo que en voz baja detestaba, ó cómo empujaba las ruinas bajo las cuales no tuvo valor para sepultarse. A estas Memorias, tristemente verdaderas, vienen á unirse las mas tristemente falsas fábricas en que la vida de un hombre se vende por varas, y en que el obrero, por el precio de una comida frugal, arroja lodo al rostro de la fama, que ha sido entregada á su hambre.

Consuélese uno, sin embargo, al encontrar en estos caos de bajeza y de ignominia algunos escritos concienzudos, cuyos autores se dedican á reproducir sinceramente lo que han visto y experimentado. El trabajo de esos autores debe considerarse como un conjunto de preciosas noticias históricas. MM. de La Cases y Pourgaud merecen entero crédito cuando hablan del prisionero de Santa Helena.

Mr. Carrel no solo ha publicado la *Historia de la contrarrevolución de Inglaterra en el reinado de Carlos II y de Jacobo II*, historia escrita con esa sencillez varonil que agrada mas que todo, sino que, al analizar algunas obras sobre España, ha dado noticias de su interés. Nótanse en ellas una manera firme, un pa-

decidido, franqueza y arrojo en el estilo, y unas observaciones escritas al resplandor de los fuegos del vivac y de las estrellas de un cielo enemigo, entre el combate de la tarde y el que debe volver á comenzar al toque de diana. La *narración de un veterano valiente*, dice Gaspar de Tavannes, es muy distinta de los cuentos del que nunca ha visto sus manos bañadas en la sangre de sus fieros enemigos, en las llanuras armadas. Encuéntrase en Mr. Carrel una opinión fija que no le impide comprender la opinión ajena y ser justo con todos. Si el simple soldado sin instrucción, sin medios de fijar sus pensamientos, interesa en la relación de los asaltos que ha dado, de los países que ha vencido, el hombre de educación y de mérito convertido en soldado voluntario de una causa que ama, tiene otros medios de transmitir sus sentimientos á las almas de aquellos á quienes se dirige. Figurémonos un francés errante por las montañas de España, pidiendo á los pastores, cuya libertad cree defender, una hospitalidad guerrera: en esa intimidad de una vida de aventuras y peligros sorprenderá el secreto de las costumbres, y pondrá á vuestra vista una sociedad que ningun otro historiador hubiera podido describir. He atravesado la España, he observado á esos árabes (1) cristianos á quienes la libertad política es tan indiferente, porque disfrutaban de la independencia individual, y no he hallado el pueblo que he visto, sino en las descripciones de Mr. Carrel.

El autor traza rápidamente el cuadro de la guerra de Cataluña en 1823, pinta el arroyo de Mina y la marcha de este gefe hábil por las montañas. Nosotros todos que diseminados por las tormentas de nuestra patria, hemos llevado la mochila y el fusil en defensa de nuestra propia opinión por causas extrañas, sentimos la ternura del soldado y del infortunio leyendo esa historia tan bien contada y que parece ser la nuestra.

«Las pasiones que produjeron la guerra de España, dice Mr. Carrel, están ahora bastante borradas para que pueda prometerme inspirar algun interés, mostrando en medio de las montañas de Cataluña, bajo el antiguo uniforme francés, soldados de todas las naciones arrastrados por el ascendiente de un gran carácter, marchando á donde este los conducía, sufriendo y batiéndose sin esperanza de ser elogiados ni de cambiar la faz de las cosas, aunque hiciesen prodigios de valor, en el estado desesperado de su causa; no teniendo mas perspectiva que un fin miserable en medio de un país sublevado contra ellos, ó la muerte en los patibulos, si se libraban de la de los campos de batalla. Tal fue durante mucho tiempo la situación de los que habiendo salido de Barcelona algun tiempo antes de la capitulación de esta plaza, fueron á sucumbir con Pachiarotti delante de Figueras, despues de cuarenta y ocho horas de una lucha cuyo encarnizamiento probó que eran franceses los que peleaban por una y otra parte. Aquel combate debía concluir con el estérmino del último de los que, en medio de la Europa de 1823, habian osado ondear la bandera tricolor en la punta de sus lanzas, y adornar sus morriones con la escarapela de Fleurus y de Zurech... Poco importa el destino de algunos hombres en semejantes acontecimientos; pero ¡cuántos otros sucesos habian sido necesarios para que estos hombres de todos los pueblos de Europa se volviesen á encontrar soldados

antiguos del mismo capitan en un país que no conocían, para defender una causa que era la suya. Las cosas en sus continuas y fatales transformaciones, no arrastran consigo todas las inteligencias: no dominan todos los caracteres ni cuidan con igual facilidad de todos los intereses: preciso es comprender esto y perdonar en algun modo las protestas que se elevan en favor de lo pasado. Cuando espira una época, rómpese su molde, y basta á la Providencia que no pueda rehacerse; pero es hermoso contemplar algunas veces los pedazos que quedan en tierra.»

He subrayado las últimas líneas, porque el hombre que ha podido escribirlas tiene motivos para simpatizar con los que tienen fe en la Providencia, que respetan la religión de lo pasado, y que tienen tambien fijos los ojos en las ruinas.

Por lo demás, los tiempos en que vivimos son tan históricos, que imprimen su sello en todos los géneros de trabajo. Tradúcense las antiguas crónicas, y se publican los rancios manuscritos: debemos á Mr. Guizot la *Colección de las memorias relativas á la historia de Francia desde la fundación de la monarquía francesa hasta el siglo xiii*. No sé si las traducciones de nuestros anales latinos, á la vez que favorecen á la historia, perjudicarán ó no al historiador; es de temer que habriendo el santuario de los hechos á los ignorantes y á los ineptos, nos hallemos inundados de Títo-Livios y de Tucídides á expensas de algun librero. No sucede así con la publicación de los originales: nunca alabaremos bastante al marqués de Tortia por habernos dado el texto de los *Anales de Hainaut* por Jacabo de Guisa. Tambien debemos dar gracias á Mr. Buchon por la edición de su *Froissard* y de sus demás crónicas. Mr. Crapelet, Mr. Pluquet, Mr. Meon y Mr. Barriere han mostrado su amor á la ciencia: el primero ha publicado la *Historia del Castellano de Coucy*; el segundo la novela *Rou*; el tercero la de *Renart*, y el cuarto las *Memorias de Lomenie*. Estas Memorias contienen anécdotas sobre los últimos momentos de Mazarino, y acaban de dar á conocer los personajes que el marqués de Saint-Aulaire ha vuelto á poner en escena con tanto éxito en su *Historia de la Fronda*.

Todo toma al presente la forma de la historia: la polémica, el teatro, las novelas y la poesía. Si leemos el *Richelieu* de Mr. Victor Hugo, conoceremos lo que un ingenio original es capaz de inventar siguiendo un camino que no conocieron los Corneille y los Racine. La Escocia ve renacer la edad media en las célebres invenciones de Walter Scott; y el Nuevo-Mundo, que no posee mas antigüedades que sus bosques, sus salvajes y su libertad tan antigua como la tierra, encuentra en Mr. Cooper el pintor de sus antigüedades. No nos hemos quedado atrás en este nuevo género de literatura; una multitud de hombres de talento nos han dado cuadros pintados con el colorido de la historia. No me es posible recordar tantas obras; pero en este momento se presentan dos á mi memoria: la una, de Mr. Merimée, reproduce las costumbres en la época de la Saint-Barthelemy; la otra, de Mr. Latouche, ofrece á nuestra vista una de las sangrientas reacciones de la contrarrevolución napolitana. Estas pinturas vivas harán que sea de día en día mas difícil la tarea del historiador. En el siglo xii la caballería histórica produjo la caballería romántica, que marchó al par de la primera: en nuestro tiempo la historia verdadera tendrá su historia ficticia, que la hará desaparecer en su esplendor ó la seguirá como su sombra.

Bajo el sencillo título de *Cancionero* un hombre ha llegado á ser uno de los poetas mas eminentes que ha producido la Francia: con un talento que participa del género del de la Fontaine y de Horacio, ha cantado cuando ha querido, como escribe Tácito. Suele el vate no ser tan feliz cuando pinta á los reyes sentados en el trono, á menos que no sea el rey Yuetot,

(1) El vizconde de Chateaubriand, que en 1823 era ministro de Negocios Extranjeros en Francia, y partidario acérrimo de la Santa-Alianza en la misma época, fue quien contribuyó eficaz y poderosamente con el envío de los *cientos mil hijos de San Luis* acudillados por Bessieres, á despojarnos de la libertad política que de otra suerte hubieran sabido conservar muy bien los árabes españoles, puesto que eran bastante inteligentes y generosos para concebir todo su valor.

Mr. de Beranger tiene comunmente por demonio familiar una de esas musas que lloran riendo, y cuyas alas dilata el infortunio.

Los fundadores de nuestra escuela moderna histórica reclaman ya toda nuestra atención.

Ya he dicho anteriormente que Mr. Barante habia creado la escuela descriptiva, y he dado cuenta al público de la *Historia de los duques de borgoña*. Recorriendo ahora su nueva carrera poco importan sin duda á Mr. de Barante los elogios literarios; séame permitido, sin embargo, manifestar, mi sentimiento por la no publicacion de la *Historia del Parlamento* que nos habia ofrecido. Quizás la continuará si alguna vez se ve libre de los negocios, pues las letras son la esperanza para entrar en la vida pública, y el reposo cuando se sale de ella.

MM. Thiers y Mignet son los gefes de la escuela fatalista, y MM. Thierry, Guizot y Sismondi los grandes reformadores de nuestra historia general: me ocuparé primeramente de los postreros.

Enlazando en cuanto á los hechos la historia de Adriano de Valois con las observaciones de MM. Thierry, Guizot y Sismondi, no queda ya casi nada que decir por lo que toca á la primera y la segunda raza de nuestros reyes.

Las *Cartas* de Mr. Thierry sobre la *Historia de Francia*, obra excelente, se refieren á un tiempo cuyo verdadero carácter está desfigurado por nuestra escuela antigua. Mr. Thierry como todos los hombres que tienen conciencia y están dotados de un talento verdadero y progresivo, ha corregido lo que le pareció dudoso en las primeras ediciones de su hermosa y sabia *Historia de la conquista de Inglaterra*; y en sus *Cartas sobre la historia de Francia*. Ha modificado algunas de sus opiniones, porque la experiencia ha venido á rectificar ciertos juicios demasiado absolutos; nunca deploraremos bastante el exceso de trabajo que ha privado de la vista á Mr. Thierry. Confiemos en que dictará largo tiempo aun á sus amigos para consuelo de sus admiradores (en cuyo número quiero que me cuente el primero), las páginas de nuestros anales; y la historia tendrá su Homero como la poesia. Tendré nuevas ocasiones de hablar de Mr. Thierry en este prefacio, del mismo modo que me he complacido en poderle citar y en apoyarme en su autoridad en estos *Estudios históricos*.

El *Curso de historia* de Mr. Guizot en lo concerniente á la segunda raza, es de gran mérito: se podría no convenir con el docto profesor en algunos pormenores; pero ha distinguido con una razon ilustrada las causas generales de la descomposicion y recomposicion del orden social en los siglos VIII y IX. Hállanse igualmente lecciones curiosas sobre la liturgia civil y religiosa, y multitud de hechos exactos, bien observados y escritos con imparcialidad. Mr. Guizot ha sido reemplazado en su cátedra, por uno de los escritores jóvenes de nuestra época que se ha anunciado en Francia con el mayor brillo, Mr. Saint-Marc Girardin.

Mr. Sismondi, conocido por su *Historia de las repúblicas italianas*, en un autor de mérito que se ha consagrado á la historia de Francia con una aficion digna de elogio. Harto preocupado quizás con las ideas modernas, ha juzgado demasiado lo pasado por lo presente; un poco de acrimonia filosófica, natural sin duda, le ha hecho tratar severamente á algunos hombres y reinados; pero ha sido uno de los primeros que han penetrado el partido que los pueblos pueden sacar hasta de sus crímenes; las elucubraciones de este sabio analista deben leerse con precaucion pero estudiarse con fruto.

Aunque estoy de acuerdo con los escritores que acabo de citar, sobre la mayor parte de los hechos que han rectificado, en nuestros historiadores de la antigua escuela, tales como la semejanza que dichos

historiadores establecian entre los Francos y los Franceses, la supuesta emancipacion de las municipalidades, por Luis el Gordo, etc. no lo estoy sin embargo en otros puntos, y me veo obligado á diferir de la opinion de estos maestros.

La inexorable historia rechaza los sistemas mas ingeniosos cuando no están apoyados en documentos auténticos.

Se habla como del descubrimiento mas importante de la escuela moderna de una segunda invasion de los Francos, es decir, de una invasion de los Francos de Austrasia al reino de los Francos de Neustria; invasion que se supone haber sido la causa del encumbriamiento de la segunda raza.

Para admitir semejante novedad, preciso es, en el concepto referirse á algo mas que á meras conjeturas; ¿Infiere de los pasajes inéditos, de los documentos de los diplomas de conocidos hasta el día? No: nada positivo se ha citado en apoyo de una asercion cuya prueba cambiarían los tres primeros siglos de nuestra historia: nos vemos, pues, precisados á indagar qué apariencia de verdad se funda un hecho que debian recordar todas las crónicas. ¿Qué! ¿se habia descubierto de repente en el siglo XIX una segunda invasion de los Francos, sin que nadie haya oido hablar de ella antes de esta época? ¿Ni los benedictinos, ni los sabios de la Academia de las Incripciones, ni hombres como Tillet, Duchesne, Baluze, Bignon, Adriano de Valois, ni todos los historiadores de Francia, por diversas que hayan sido sus opiniones y doctrinas: ni los críticos como Scaligero, Du-Plessis, Billel, Bayle, Secousse, Gibert, Treret, Lebeuf; ni los publicistas como Bodin, Mably, Montesquieu, habrian visto nada sobre este asunto? Esto solo me haria dudar, porque no tengo seguridad alguna en mis propias luces. Hace sin embargo treinta años que leo con la pluma en la mano los documentos de nuestra historia y no he descubierto el menor vestigio de un acontecimiento que debiera haber producido tan grave revolucion.

Pronto siempre á reconocer la superioridad de los demás y mi propia debilidad, cediendo quizás con harta ligereza, á los consejos y á las criticas, he disputado conmigo mismo para convencerme de una cosa que los hechos me negaban. Pepino de Heristal, duque de Austrasia, al frente del ejército austrasiano derrotó á Thierry III, rey de Neustria, y usurpó su autoridad con el nombre de mayordomo de palacio hacia el año 690. ¿Será esto lo que habrán calificado de segunda invasion de los Francos?

Pero despues del establecimiento de estos en las Galias, desde Clovis hasta Pepino, gefe de la segunda raza, los reinos de los Francos se habian hostilizado sin cesar unos á otros, consecuencia inevitable del repartimiento de la sucesion real, que se reprodujo en los reinados de los descendientes de Carlo-Magno. Así se habian formado y desaparecido alternativamente los reinos de Metz, Soissons, Orleans, Paris, Borgoña, Aquitania. Sospecho que se haya calificado de nueva invasion de los Francos alguna otra guerra civil entre las tribus francas.

No me parece mejor demostrado que los Francos de Austrasia fuesen mas numerosos, y hubiesen conservado mejor el carácter sálico que los Francos de Neustria. Los Francos neustrasianos no se extendia más allá del Loira: el país que se extendia á la otra parte de este rio reconocia apenas su autoridad, y se veian obligados á llevar allí sus armas; el mismo Mr. Thierry cita un ejemplo de los estragos que á su paso cometian. Estoy convencido de que los sabios cuyas opiniones no admito en este punto, examinarán á su vez con mas detenimiento un hecho tan grave. Quizá á su vez me echarán en cara mi atrevimiento, cuando me vea dudar sobre el significado que se da á la palabra *franco*, y no tener seguridad de que haya existido jamás

una liga de pueblos germánicos conocidos con el nombre de *francos* por la razon misma de su *confederacion*.

Pasemos á los escritores de la escuela moderna del sistema fatalista.

Llaman principalmente la atencion dos de estos escritores: unidos entre sí por el triple lazo de la amistad, de la opinion y del talento, se han repartido la narracion de los fastos revolucionarios.

Mr. Mignet ha encerrado en una obra breve y filosófica, los sucesos que Mr. Thiers ha presentado bajo mas extensas formas. Hállase en el primero multitud de rasgos tales como el siguiente: «Las revoluciones que ocupan á muchos gefes no se entregan sino á uno solo.»—En revolucion todo depende de la primera negativa y de la primera lucha. Para que se verifique pacíficamente una innovacion, es preciso que no encuentre oposiciones; porque en este caso, en lugar de reformadores sabios y prudentes no se muestran en la escena sino reformadores extremados é inflexibles... Con una mano combaten para defender su dominacion, y con la otra fundan un sistema para consolidarla.»

El retrato de Danton está trazado con mano maestra: «Danton dice el autor, era un revolucionario gigantesco... Danton á quien se ha denominado el Mirabeau del populacho, tenia mucha semejanza con aquel tribuno de las clases elevadas. Este poderoso demagogo presentaba una mezcla de vicios y de cualidades contrarias. Aunque se habia vendido á la corte, no era sin embargo vil, porque hay caracteres que saben dar brillo á la bajeza... Una revolucion era á sus ojos un juego en que el vencedor, si la necesitaba, ganaba la vida del vencido.» La lucha de Robespierre contra Camilo Desmoulins y Danton está representada con sumo interés, y el historiador interpola en su narracion los discursos y las palabras de aquellos hombres sanguinarios. Danton, en el momento de perecer pesaba así sus destinos: «Mas quiero ser guillotinado que gillotinado: nada vale mi vida y la humanidad me fastidia.» Aconsejábanle que partiese: «Partir! ¿Puede uno acaso llevarse la patria en la suela del zapato?» Encerrado en el calabozo que habia ocupado Hebert decia: «En esta misma época fue cuando hice instituir el tribunal revolucionario: pido perdon á Dios y á los hombres pues no era mi intencion que llegase á ser el azote del género humano.» Interrogado por el presidente Dumas, respondió «Soy Danton tengo treinta y cinco años, y mi mansion será pronto la nada.» Sentenciado gritó: «Arrostró en pos de mí á Robespierre: Robespierre me sigue.» El terror ha pasado en estas palabras á la narracion del historiador.

Hablando el autor de la muerte de Robespierre, dice: «El hombre de faccion debe perecer en los cadalsos como los conquistadores en la guerra.» Aquí brilla la elocuencia aplicada á la razon.

Mr. Mignet ha trazado un bosquejo bellísimo, y Mr. Thiers ha pintado el cuadro. Voy á poner á la vista de mis lectores la muerte de Mirabeau y la de Luis XVI, tanto mas, cuanto que no teniendo el autor que representar personajes plebeyos, objeto de su predileccion, admira sin embargo la verdad de su conviccion y de su talento, superando en él la seducccion de su sistema. Conozco que si hubiese de hablar como historiador de Mirabeau y de Luis XVI, seria mas severo que Mr. Thiers; preguntaria si todos los vicios del primero pertenecian á un político eminente, y si todas las virtudes del segundo eran las de un gran monarca. «Mirabeau, dice el autor, sorprendió principalmente en esta ocasion por su audacia, nunca quizá habia subyugado tan imperiosamente la Asamblea. Pero se aproximaba su fin, y aquellos eran sus últimos triunfos... La filosofia y el humor festivo brillaron en sus postreros instantes. Pálido y con los ojos profundamente hundidos, parecia muy otro en la tribuna, y

acometíanle con frecuencia repentinos síncope. Los excesos del poder y del trabajo, y las emociones de la tribuna, habían gastado en poco tiempo aquella complexion tan vigorosa... Tomó por última vez la palabra cinco veces seguidas, y salió fatigado para no volver á presentarse mas: el lecho de muerte le recibió, y solo lo entegó al panteon. Habia exigido de Cabanis que no se llamasen mas médicos, y sin embargo, no se le obedeció; aquellos vieron acercarse la muerte, que se habia apoderado ya de los pies, siendo la cabeza la última que sucumbió á ella, cual si la naturaleza hubiera querido dejar brillar su genio hasta el último instante. Un pueblo inmenso se apiñaba en torno de su morada, y ocupaba todas las avenidas en el mas profundo silencio... Mirabeau mandó abrir las ventanas: Amigo mio, dijo á Cabanis, hoy moriré, ya yo falta mas que cubrirse de perfumes, coronarse de flores y rodearse de músicas para entrar apaciblemente en el sueño eterno. De tiempo en tiempo los agudos dolores interrumpian tan nobles y tranquilos discursos. Habiais prometido, dijo á sus amigos, ahorrarme padecimientos inútiles. Al decir esto pidió con instancia opio: y habiendosele negado, lo exigió con su acostumbrada violencia. Entonces para satisfacerle, le entregaron una copa, persuadiéndole que contenia aquella droga. Asíó la bebida que creia mortal, y pareció quedar contento: un instante despues espiró. Era el 2 de abril de 1791... La asamblea interrumpió sus trabajos, se decretó un luto general, y se prepararon magníficas exequias. Pidióse que algunos diputados acompañasen el cadáver: Todos iremos, gritaron los demás. La iglesia de Santa Genoveva se erigió en panteon con este rótulo que no existe en el momento en que refiero estos hechos:

A LOS HOMBRES GRANDES LA PATRIA RECONOCIDA. Se ha vuelto á colocar esta inscripcion: ¿Subsistirá? ¿Quién sabe lo que encierra el porvenir? ¿Quién conoce á los hombres grandes y quien los juzga? No quiero proseguir investigacion alguna bajo la losa de un sepulcro; cuando la muerte ha aplicado su mano al rostro de un hombre, no queda lugar para el insulto; pero las pasiones políticas son menos escrupulosas y con tal que una revolucion llegue á durar algunos años, pocas glorias permanecen seguras en la tumba. Comparando la narracion de Mr. Thiers con la de Madama Staël, se podrán sorprender algunos secretos del talento.

Pasemos á la muerte de Luis XVI. Apoderándose la inocencia de la víctima, del ingenio del autor, le subyuga y se reproduce toda entera en estas elocuentes palabras:

«En Paris reinaba un estupor profundo: la audacia del nuevo gobierno habia causado el efecto ordinario que produce la fuerza en las masas: babíalas paralizado y reducido al silencio. El consejo ejecutivo estaba encargado de la dolorosa mision de hacer cumplir la sentencia, hallábanse reunidos todos los ministros en la sala de sus sesiones, y parecian llenos de consternacion: resonaban los tambores en la capital, y todos los ciudadanos á quienes ninguna obligacion llamaba á figurar en aquella jornada terrible, se ocultaban en sus casas. Velanse cerradas las puertas y las ventanas; y cada cual aguardaba en su morada el triste acontecimiento. A las ocho salió el rey del Temple. En la delantero del carruaje iban algunos oficiales de gendarmeria, á quienes confundia la piedad y resignacion de la víctima. Una multitud armada formaba la carrera y el coche caminaba lentamente en medio del silencio universal. Habíase dejado un espacio vacío alrededor del cadalso, que rodeaban los cañones; y el vil populacho, pronto siempre á ultrajar al genio, á la virtud y al infortunio se situaba tras de las filas de los federados, y él solo daba señales exteriores de satisfaccion.»